VI

La féria de Neuville fué aquel año animadísima. La recoleccion habia comenzado bajo excelentes auspicios; las ramas de los árboles se desgajaban casi bajo el peso de los frutos, y las lluvias primaverales habian cubierto los prados de abundantísimos pastos. El mercado de animales ofrecia magnífico aspecto; las transacciones se hicieron á precios muy subidos, y, como consecuencia de todo esto, la alegría brillaba en el rostro de todos los afluentes con motivo de las fiestas. Inmenso gentio llenaba las calles; las tiendas se ofrecian hospitalarias á los campesinos que, arrastrando los piés con la boca abierta, y sus blusas nuevas color azul muy oscuro, flotándoles hacia las espaldas, recorrian las aceras, seguidos de sus mujeres y sus hijas engalanadas con sus cofias y sus grandes agujas de oro.

A la entrada de la calle Mayor, delante de la posada del *Cisne de Plata*, una porcion de cochecitos y

carros con las varas alzadas por los tentemozos, cuya sombra se acortaba por momentos, cerraban el paso; y muy cerca, en una pradera, las caballerías con los arreos puestos, los frenos colgando de las cabezadas y sujetas por los ronzales á estacas clavadas en tierra, pacian azotándose los flancos con las colas para espantar las moscas. A cada momento un carromato cubierto de polvo se detenia con estrépito delante de la puerta. El carretero, con la gorra en el cogote y el grueso cigarro pegado á los lábios, comenzaba á desenganchar. Entonces se oian por doquier conversaciones como ésta:

—¡Calle, si es el tio Lavaseur!... ¿Qué tal, qué tal hombre?

—¡Oeh! ¡Juan Luis, oeh!

—¡Ah, pícaro, qué bien hiciste en vender el grano el año pasado, porque lo que es éste, no ha de subir mucho!

—¿Tomamos un café? Le Bourgeois, cuida de mi yegua, dale un pienso de avena y dentro de media hora llévala á beber.

El posadero, su mujer y el mozo de cuadra iban solícitos y presurosos del salon á la bodega, de ésta á la caballeriza: en el patio resonaban tremendas voces, que no parecia sino que degollaban á alguno; pero no se trataba de nada de esto: era sencillamente que varios amigos intervenian en la venta de una pareja de bueyes. Acre olor de aceite frito salia de la cocina, envuelto en nubes de humo azul, y sobre el alfeizar de la ventana, en una tartera, estaba puesto á enfriar el dulce de manzanas dorado, recien salido del horno. Detrás de la lona que formaba una barraca, retumbaban las detonaciones de un tiro de pistola. Un poco más allá, el organillo del *Tio Vivo* hacia oir

sus desafinadas sonatas, y en lo alto de una vieja carretela, junto á la cual tocaba un criado la trompa de caza, el dentista ambulante, blandiendo un sable llamaba á los campesinos y los explicaba, con su popular locuacidad, cómo, valiéndose de aquella *mortífera herramienta* arrancaba las más recalcitrantes muelas sin dificultades ni dolor.

—Un dentista de la ciudad, para deslumbraros, hablaria de la *pata de cabra*, os ofreceria el *gatillo*, os aconsejaria la *llave de Garengeaud*,—gritaba con estentórea voz.—¡Ignorancia, impostura! Para operar, nada hay como la mano. Con el instrumento perfeccionado podria *facturaros* el alvéolo, y romperos la mandíbula. Pero yo, señores, con un sable, con un clavo, con un alfiler, en menos tiempo que se piensa, sin producir dolor, y solo por cincuenta céntimos, dejo tranquilo al más dolorido...

Y la trompa de caza ensordecia al auditorio, mientras que un campesino, con las mejillas echándole sangre de vergüenza, y sudando de emocion, enseñaba al *verdugo* dos filas de dientes blanquísimos, entre los cuales uno estaba ennegrecido por la cárie.

Buhoneros que vendian peines, cepillos, espejuelos de plomo, cofias de lienzo para las mujeres, esponjas y almohazas para limpiar caballos, habian instalado sus puestos sobre las verdes márgenes de una acequia.

En un carreton largo, de ruedas toda una tienda de vajilla ofrecia á los palurdos, desde el plato más basto de barro hasta el que imita á porcelana, y desde el vaso de grueso vidrio que rueda por el suelo en las tabernas sin romperse, hasta el de cristal con grabado, que representaba una zorra corriendo por entre los pámpanos de una viña: todo se encontraba en

aquel almacen ambulante. Un poco más allá un herrero vendía, junto á la acera, marmitas con baño de porcelana, planchas, martillos, sierras, clavos y tornillos: y rodeados por una cuerda, pateando el polvo de la calle, y balando de hambre, una veintena de corderos esperaban ser vendidos, bajo la custodia de su propio dueño.

Debajo de los tilos de la alameda, un chalan á caballo hacia probar que trotaba conducido del ronzal por el palafranero, y se encabritaba al sentir el ruido del mango del látigo golpear el duro fieltro del sombrero de quien trataba de enajenarle.

Un sol ardientísimo calcinaba la tierra, que á su vez despedia un vaho abrasador; ni un soplo de aire refrescaba la atmósfera, impregnada por el fuerte olor de los ganados, y en la gran plaza, la apiñada multitud se dividia, entregándose á los negocios ó á los placeres.

Cerca de la Casa de la Villa estaba formada la compañía de bomberos, de uniforme, y en el gran salon de la escuela, adornado con multitud de banderas tricolores, se celebraba la distribucion de premios bajo la presidencia del sub-prefecto.

Carvajan leyó un discurso, calurosamente aplaudido, y á los violentos acordes de la charanga del pueblo, dió fin la ceremonia. A la órden de su jefe los bomberos se alinearon y la corneta saludó el paso de las autoridades.

El cortejo desfiló poco á poco, y en la Casa Consistorial se despidió, dispersándose por entre los grupos de campesinos, entretenidos en sus conversaciones. En la esquina de la calle del Mercado, el sub-prefecto, que iba junto á Carvajan, le dijo:

—¿Le veremos á Vd. esta noche en el baile?

—Sin duda,—contestó el otro;—es mi obligacion, y además es costumbre que las autoridades den una vuelta por allí.

La frente del padre de Pascual se oscureció. Todos los años la fiesta de San Fermín reanimaba sus ódios, porque no era él hombre que supiera perdonar, y aunque lo hubiera querido, olvidar su injuria le hubiese sido imposible. ¡La misma fiesta, la misma alegría, la misma animacion!... Todo era lo mismo que treinta años antes, y su antigua herida sangraba, á su pesar, con los recuerdos que esto evocaba.

—¿De modo que vendré á buscarle á Vd?

—No; allí nos reuniremos; más hará Vd en una hora en el baile para las elecciones, que en tres semanas de recorrer estos contornos; en él hallará Vd. reunidos á los principales electores. Y mucho cuidado con los bomberos, nadie sabe hasta qué punto son influyentes.

—Veo que conoce Vd. á fondo la cuestion,—dijo alegremente el funcionario público.—Por eso, poniéndose de acuerdo con Vd., se gana sin remedio.

Carvajan miró atentamente á su interlocutor, sospechando un sarcasmo; pero al verle sonreir con franqueza, pensó: «¿A santo de qué habia de atacarme? ¿No sabe por ventura que si quisiera podria destruirle?» Una ráfaga de orgullo brilló en sus ojos. En aquella poblacion en que todos le conocieron criado de un almacen, era el amo: nada se le resistia. Bien pronto sus enemigos vertian lágrimas de sangre. Se volvió hácia los que le seguian, y con tono despósito exclamó:

—Señores: en el banquete municipal nos volveremos á ver.

Despues apretó el paso, y se dirigió hácia su casa.

Eran las doce; al pasar por enfrente de la iglesia, tropezó con los que salian de la misa mayor; las mujeres, en traje de fiesta, unas con sombreros, otras con sus cofias cubiertas de cintas, llevando las más de ellas el devocionario entre las manos, pasaban por delante del alcalde, y bajaban la voz ó interrumpian sus alegres conversaciones. La impresion de terror que producia la presencia de Carvajan, se extendia hasta el sexo débil, que no tenia por qué temerle.

No le desagradaba causar miedo, pues demostraba su poder, y sonrió. Encontró personas conocidas, y distribuyó algunos saludos; luego atravesó la plaza y apretó el paso.

En el momento de levantar el aldabon de su casa se detuvo; habia visto á su hijo que avanzaba lentamente. Todo en él revelaba preocupacion y disgusto. Sumido en hondas preocupaciones, ajeno al mundo exterior desde que volvió á Neuville, parecia otro hombre, estaba pálido y habia enflaquecido.

Nada de esto se escapó á la escrutadora mirada de Carvajan, y al verle se preguntaba si era el mismo jóven ágil y vigoroso que pocos dias ántes vió apearse del ferro-carril.

Se juntaron enfrente de la casa.

Pascual, al encontrarse con su padre, no pudo evitar un estremecimiento. Le miró, procurando afectar indiferencia, pero no logró dilatar sus contraidas facciones.

—¿Vienes de la feria?—preguntó Carvajan, examinando á su hijo atentamente.

—Sí, padre mío—repuso el jóven, como si despertara de un sueño.

—¿Tienes buen apetito?

—En efecto...

Sentáronse á la mesa; los dos callaban, y Carvajan pensaba; «ni siquiera ha notado que es dia de fiesta en Neuville. El polvo blanquecino que cubre sus zapatos es el del Gran Margal: fué sin duda á Clairefont.»

¿Que proyecto acaricia? Desconfia de mí, y siempre que le pregunto, miente al responderme. Cuando le miro parece que teme que adivine sus pensamientos.

Por su parte, Pascual, silencioso, distraido, comia con la cabeza inclinada sobre el plato. Resuelto á abandonar el pais, no pudo resistir al deseo de recorrer una vez más la colina de Clairefont, y no bien se vió libre de su padre cuando éste se dirigia á la alcaldía, partió, y por el sendero que atraviesa el Gran-Margal llegó á la meseta.

No quiso ocultarse detrás de las tapias del parque, como de costumbre, por temor de ser encontrado.

Al pensar que pudiera tropezarse con Antonieta, profunda emocion se apoderaba de él. ¿Cómo se atreveria á mirarla frente á frente? ¡Qué triste juicio formaria de él si le encontrara atisbándola como un ladron!

Supuso que la jóven iria á misa, y desde las nueve se instaló en la iglesia: envuelto entre las sombras, sobre un banco de madera, esperó con calma, fijando los ojos distraidos en el altar, en los cuadros de la nave, en los vidrios de colores del coro, en las inscripciones que sobre los muros recordaban la munificencia de los Clairefont, y mil detalles de su vida intima.

Sobre una losa de mármol, junto á un confesionario, decia en letras de oro: «El Señor me ha conservado á mi adorada hija; ¡bendito sea su santo nombre!» Y por debajo esta fecha «1872,» y esta firma *¡Honorato de Clairefont!...*»

Era una promesa del marqués por alguna grave enfermedad de Antonieta...

En la oscuridad misteriosa de la iglesia se perdia el pensamiento de Pascual, y tuvo una alucinacion. Le pareció que una fuerza sobrenatural que le subyugaba le llevaba á la estancia donde la jóven, pálida, moribunda, niña aún, pero ya encantadora, yacía sobre el lecho. Un anciano á quien no conocia, pero en el cual adivinó al marqués, con los ojos llenos de lágrimas, apretando la diminuta mano de la agonizante, estaba á su cabecera, sus lábios murmuraban una plegaria; Pascual comprendió que salia del fondo del alma, implorando la salud de la enferma.

Y como si la voluntad divina se manifestara de súbito, el rostro de Antonieta se animó, sus ojos se abrieron llenos de vida, y la interesante enfermita se trocó en adorable doncella. En aquella jóven encantadora, que encontró en su camino, á quien adoraba y á quien temia al propio tiempo, por la que estaba dispuesto á dar la vida sin esfuerzo...

Intentó fijar los ojos en un objeto real, y, sin querer, volvió á clavarlos en la losa de mármol, y releyó la inscripcion como en accion de gracias á Dios que salvó la vida de Antonieta.

Quizás apartó de ella la muerte para que él la viese y la amara. Pero si esto era así, ¿por qué ella pagaba su amor con ódio?... Ya que una promesa hecha por el padre, pensó, fué atendida, ¿por qué no he de hacer yo otra? Se levantó, y andando lentamente llegó á las primeras sillas que estaban junto á las gradas del altar mayor.

En medio de la primera fila habia un reclinatorio de madera negra tapizado de terciopelo azul. Pascual se fijó en él, y como si un poderoso iman le atrajera,

como si una voz celestial le dijese que aquel mueble pertenecia á Antonieta, se acercó, se arrodilló sobre él, y viendo que la cajita que terminaba el respaldo estaba abierta, la alzó con temblorosa mano, y sus ojos se fijaron llenos de emocion en una bolsa de pedir y un devocionario. Era pequeñito, con las tapas de tafilete blanco y broche de plata. En la primera página habia una fecha; la de su primera comunion... y nada más: en el resto de la hoja, todo era blancura, virginidad, como en el alma de Antonieta. Pascual no pudo resistir al deseo de hojear aquel libro, con la esperanza de sorprender una huella del pensamiento de la jóven. Sólo estampas de santos se intercalaban entre las páginas: en una de Santa Antonieta habia esta dedicatoria: *A mi querida hermanita; Roberto de Clairefont*; y al leer aquella tierna é inocente frase que trazó la incierta mano de un niño, Pascual sintió humedecerse sus ojos, y una infinita ternura invadió su ser. Reprochó su propia curiosidad como si fuera una accion mala, una profanacion odiosa. Cerró el libro, apoyó la frente sobre aquel mudo testigo de las decepciones y de las esperanzas de una mujer angelical, y sus lábios murmuraron una plegaria.

Poco á poco la calma volvió á su espíritu; tornó á ser dueño de sí, y tomando la bolsa con la cual la señorita de Clairefont debia de recoger aquel mismo dia las ofrendas de los fieles, deslizó en ella su limosna. Despues volvio á dejarlo todo como estaba; se levantó con lentitud, y volvió á ocupar el rincon oscuro de la iglesia.

Se escuchó el tañido de la campana; el sacristan apareció en el presbiterio, encendió los cirios, y la nave sombría se iluminó con los difusos resplandores

de sus rojizas llamas. El sordo ruido de las pisadas de los fieles retumbaba en las bóvedas; las sillas producian extraño ruido al ser movidas por las mujeres que venian á ocuparlas: poco á poco se llenó la iglesia, y al tiempo de salir el cura de la sacristía, el leve paso de una mujer hizo latir el corazon de Pascual. Volvió la cara hácia el pórtico, y con emocion distinguió el elegante perfil de Antonieta, que entró seguida de la señorita Saint-Meurice, y acompañada por un jóven alto, de aspecto marcial, en quien su ansiedad le hizo reconocer al señor de Croix-Mesnil.

Sus ojos se oscurecieron, le pareció que un velo de sangre se los cubria, y un zumbido, semejante al rugir de lejanas olas, retumbó en sus oidos, le pareció como si la iglesia se removiera desde sus cimientos; hizo un esfuerzo y logró reponerse.

El murmullo de la salmodia del sacerdote se escuchaba distinto en medio de aquel profundo silencio; las dos mujeres y su acompañante se habian confundido entre la multitud; Pascual, en pié contra un pilar buscó á Antonieta con la vista, y allá á lo lejos la vió con la cabeza baja rezando con fervor entre su tia y su prometido. ¡En esto terminaba el dulce soñar del pobre jóven; viendo á la señorita de Clairefont lejos de él, y junto al hombre que debia ser su marido!

Tanta agitacion, tanto proyecto, tanta esperanzas tanto temor como le acongojaron, fueron suyos tan sólo. El orígen de todos, la criatura celestial que los produjo, fria, tranquila como el dia antes de encontrarle, proseguia el camino de su vida, sin sospechar siquiera las tempestades que agitaban á un corazon suyo por entero. Él, mientras tanto, con la cabeza abrasada por la fiebre y el pecho oprimido, veia con rabia que ni estaba en su mano defenderla, ni ménos

hacerse amar por ella. Para lo uno, precisaba arrostrar la cólera de su padre: para lo otro, era menester luchar contra un desdén invencible.

Todo eran peligros, todo era dolor; en su negro horizonte no habia ni siquiera un punto luminoso, que siempre ven los amantes correspondidos en medio de las mayores desgracias, para que les sirva de consuelo y les infunda valor.

Lleno de amargura, se preguntó que podia esperar: «*Nada*,» le replicó su claro juicio...

Concentró su energía toda, se levantó, salió sin volver la cabeza, y tomando el camino del pueblo, se dirigió á su casa. Entonces fué cuando encontró á su padre de regreso ya de la alcaldia.

Enfrente el uno del otro, continuaron almorzando en silencio. Por la calle pasaban sin cesar grupos de alegres campesinos, y el ruido de lejanas detonaciones de gritos y de risas, excitaba los nervios de Pascual. Todo el pueblo en movimiento, andaba disperso por las calles, y dispuesto por cierto á beber y divertirse: la tristeza estaba relegada al hermoso castillo de Clairefont y á la sombría vivienda de la calle del Mercado; vencedores y vencidos tenian hondas preocupaciones: el marqués por la llegada del futuro esposo de Antonieta, que debia pasar algunos dias entre su familia; Carvajan al ver la sombria inquietud de su hijo, á quien deseaba coligar á sus planes por medio de los lazos indestructibles de un tranquilo bienestar.

Honorato, arrancado de súbito á sus egoistas ensueños, hubo por fuerza de descender á la realidad de la vida. La presencia del señor de Croix-Mesnil reanimó á sus ojos lo apurado de su situacion financiera y la inquietud que le causaba la inexplicable resistencia de su hija al matrimonio.

Por su parte, Carvajan estaba lleno de zozobra. Se preguntaba con angustia si algun obstáculo insuperable iría á oponerse á sus designios en el momento de alcanzar el triunfo, y el abatimiento de Pascual le preocupaba tanto, que se decidió á interrogarle para provocar una explicacion decisiva.

Se propuso aprovechar el primer pretexto favorable, y entonces, si era preciso descubrir al jóven sus planes, iniciarle en el secreto de su ambicion, hacerle ver el brillante porvenir que se le ofrecia, y ya que no pudiese retenerle por el cariño, lograrlo por medio del interés Pensando así, estaba bien lejos de imaginar que pocas horas más tarde un incidente, que traería consecuencias trascendentales, iba á proporcionarle la ocasion deseada.

Desde por la mañana los moradores de Clairefont fueron despertados por el estampido de los cohetes anunciadores del comienzo de la fiesta. Se abrió una ventana de la fachada del castillo, y apareció Antonieta envuelta en un peinador blanco y con las gruesas trenzas de sus hermosos cabellos tendidas sobre las espaldas Estaba triste, pensativa; su rostro pálido y sus ojeras denunciaban una noche de insomnio. Se apoyó sobre el alfeizar, y tendió la vista indiferente, mirando sin ver, el encantador panorama que ofrecía el valle. En las arboledas los pajarillos se perseguian, lanzando chillidos de alegría, y posándose encima de las flores, que se doblaban sobre sus tallos, vertiendo el rocío contenido en sus cálices semejante á cascadas de diminutos diamantes.

La brisa gemía en la enramada, y el aroma de los campos saturaba la atmósfera. Antonieta, pensativa, con la tersa frente fruncida, conservaba aún en los ojos la triste huella de su reciente llanto. El crujir de

la puerta de su estancia, al abrirse, la sacó de su meditacion; se volvió, y, al encontrarse con su tia Isabel, una melancólica sonrisa dilató su fresca boca.

Envuelta en una bata de percal, con los cabellos grises alborotados, y con las mejillas rojas como una guinda, no obstante la espesa capa de polvos de almidon que la cubría, entró la vieja con aire de misterio, y acercándose á su sobrina, le estampó dos ruidosos besos en la frente. Despues, con las manos atrás, en actitud hombruna, se apoyó contra la chimenea, y dijo:

—He oido que abriste la ventana, y vine á verte. Pasé una noche espantosa; me atormentó una horrible pesadilla... Yo no sé si tú creerás en los sueños... pero yo sí creo. Mi madre los explicaba de una manera admirable, y siempre se realizaron sus predicciones. He soñado con un gallo rojo, y eso significa desgracia y muerte. Durante el sueño le vi pasearse delante de mí, agitando las alas y cantando... se parecia á Carvajan. Me desperté llena de sobresalto... y ya ves cómo estoy todavía, sofocadísima.

Tia Isabel suspiró con la violencia de un fuelle de fragua, y prosiguió, diciendo:

—Ya sabes el apuro que nos agobia. Ayer llegó un requerimiento para pagar ciento sesenta mil francos y algunos céntimos. Naturalmente, hice desaparacer el maldito papelucho.... y nada he dicho á tu padre. Pero es menester resolver algo, porque esto no puede durar; estamos en las postrimerías, y no sé cómo demonios hacer para salir del compromiso. Ciento sesenta mil francos no se encuentran al revolver de una esquina, y, por mi parte te aseguro que no tengo ni un céntimo. Solo me queda Saint-Meurice... Es una pequeñez. Produce dos mil quinientos francos de renta... Lo preciso para que tengamos un hogar donde cobijarnos y un pedazo de pan para no morirnos de hambre en los dias de miseria, que están muy cercanos. De esto no quiero deshacerme; estamos con el dogal al cuello, y es preciso conservar este último recurso... ¡cuando pienso que tu padre lo ha disipado y perdido todo tan neciamente!

Antonieta hizo un gesto, como quien pide gracia; fué á sentarse junto á su tia, y con acento dulce, pero tristísimo, dijo:

—¡No acuses al pobre papá, te lo ruego! Es cierto que ha perseguido una quimera, que le cegaron sus locas esperanzas; pero su intencion era buena! Enriquecernos, aumentar nuestro bienester; este fué su objeto. El no tiene necesidades, bien lo sabes; la casita de Saint-Meurice le parecerá un palacio, si en ella le rodeamos con nuestro cariño.

—¡Oh! ¡Sé muy bien que tiene un corazon de oro; pero desgraciadamente, con eso no se paga, y no hay que esperar que los acreedores nos dejen en paz, Molegean ha visto á Carvajan, y lo ha encontrado duro y áspero, como de costumbre. Hija mia, hay para darse al diablo. Si no encontramos, antes de concluir esta semana, un medio de ganar tiempo, porque pagar es imposible, veremos al escribano en la casa de nuestros mayores, y nos pondrán en la calle. ¿Qué va á pensar el baron de Croix Mesnil, ante semejante escándalo?

—¡Oh! Eso me importaría poco—dijo Antonieta.—Le conozco: se que se casaria conmigo, lo mismo pobre que rica... si yo le amase...

—Pero, ¿acaso no le amas?—exclamó la señorita de Saint-Meurice con voz terrible.—¡Como! ¿despues de dos años de hacerte la córte salimos con eso?

—Tia, me parece un excelente muchacho, pero no el hombre á quien debe tomarse por compañero cuando sólo su ternura puede causar nuestra dicha. Lo sabes muy bien: tú misma me lo digiste un dia; es muy bueno, es capaz de todas las delicadezas y de los más nobles sentimientos; pero jamás tendrá esa iniciativa de los espíritus elegidos, ese ardiente desinterés de las almas apasionadas... Consentir en ser su esposa para verle correr el riesgo de que le envolvamos en nuestra ruina, con la certeza de que no ha de tener ni la energía ni el talento necesarios para triunfar de las dificultades que nos rodean, no seria noble, tia de mi alma, no seria digno ni generoso..., y estoy resuelta á no consentirlo.

—La verdad es que teniendo que habérselas con Carvajan, haria el pobre muchacho un triste papel. ¡Ah! ¡Si yo tuviese una varita de virtudes, para que un génio, pero un génio sério, práctico, no como el de tu padre, nos ayudase, ¡con qué placer le pondria enfrente de ese demontre de alcalde!... Mi gusto seria devolver á ese bribon todo el daño que nos hizo, y herirle con sus propias armas para, luego que le viese vencido, reirme de él. No sabes tú lo que yo haria por conseguir esto.

La tia Isabel movió la cabeza con violencia, dió un paseo por la habitacion, y sentándose enfrente de su sobrina, dijo:

—¿Por qué tu hermano no habia de ser tan inteligente como vigoroso de cuerpo? A él le correspondia hacer frente á la situacion; pero no entiende de negocios; le pasa como á tu padre y á mí. Veo que tú, hija mia, eres la persona de más talento de la familia. ¡Qué tiempos, Dios mio, que tiempos estos, en que un Carvajan puede atormentar á un Clairefont, que no cuenta con más recursos que los suyos propios! Antiguamente se acudia al Rey, y en un momento quedaba todo arreglado; pero hoy, nada: si la balanza se inclina hácia alguna parte, es hácia la de los bribones, y todas las ventajas son para ellos. Cuanto más canallas, más favor encuentran. ¡Pobre niña mia! Ya ves lo que sucede; no tenemos escape, y fuerza es resignarnos.

—Esto será fácil, tia, y nuestra existencia continuará siendo la misma. ¿No vivimos miserablemente hace ya dos años? Estamos perdidos: la pobreza es cien veces más penosa en una morada que se construyó para el lujo, que en una modesta casita. Nací en Clairefont; aquí pasé mi niñez, y aquí experimenté las primeras penas. Mil afecciones me unen á estos lugares: pero las romperé sin esfuerzo si en adelante nos aguarda una vida modesta y tranquila. Vea yo á mi padre libre de estos quebraderos de cabeza; que acabe sus dias contento junto á nosotros; salgamos de apuros con nuestro nombre sin mancha; yo te prometo que no he de verter ni una lágrima recordando mi ayer, y en cambio daré muchas gracias á Dios si nos concede un presente feliz.

—¿Y te quedarás soltera?

—Claro que sí; como tú. Llegaré á tener la edad que tú tienes ahora, pensaremos lo mismo, jugaremos á las cartas, procuraremos rejuvenecernos por medio del tocado, haremos dulces de almibar, papá nos contará sus inventos irrealizables por falta de dinero, y nosotros se los alabaremos sin reticencias, puesto que nada han de costar. Y en encontrándonos bien en Saint-Meurice, si tenemos con que alimentar un caballo, pasearemos en coche cuando haga buen tiempo con Roberto. Vamos, ríete, tia. Aún nos esperan dias felices. Con un poco de filosofía, todo puede arreglar-

se. Y estando entre seres queridos, ¿se puede echar de menos alguna cosa?

La señorita de Saint-Meurice abrió los brazos, y estrechando á su sobrina, exclamó enternecida:

—¡Angel de Dios! Donde quiera que tú estés reinará la dicha. Eres nuestro consuelo. ¿Qué sería de nosotros sin tí? Tienes razon, hija mia: haces bien en no casarte con tu dragon. Junto á nosotros serás pobre, pero libre. Con él serías rica, pero no dueña de tí misma. Esto sería horroroso. Es egoista que yo te anime á persistir en tus ideas de independencia; pero repróchеme quien quiera, tú serás mi disculpa viviente.

Tenia entre sus brazos la encantadora cabeza de Antonieta, y la miraba con adoracion. Con los cabellos en desórden, las mejillas sonrosadas, los azules ojos, su fresca boca y su aire cándido, recordaba esas poéticas figuras de Greuce, llenas de púdica gracia y de inocente coquetería.

Sus brazos desnudos salian por entre las mangas del peinador, y por debajo de la ancha falda asomaba un diminuto pié calzado con elegante zapato de satén, moviéndose ligero como un pájaro próximo á volar.

—No te dirijas reproches, tia—dijo Antonieta acariciándola.—No has influido en mi voluntad: hace mucho tiempo que tengo esta idea, y sólo espero un instante oportuno para hacérsela presente á Mr. de Croix-Mesnil. Es un caballero; se hará cargo de mis razones, y continuará siendo nuestro amigo. En cuanto á mi padre, mejor es no decirle nada, y ahora menos que nunca. Dejemos pasar la fiesta, y más adelante, si es preciso, celebraremos el consejo de familia.

—Espero que nada desagradable agravará la situacion; pero, francamente, tengo un presentimiento, y siempre que los tuve se realizaron.

La señorita de Clairefont movió la cabeza en actitud pensativa.

—Roguemos á Dios que nos ayude. Él no querrá aniquilarnos; pero si quisiera, cúmplase su voluntad.

—¡Si ha de herir á alguien, que sea á mí sola!—exclamó la tia Isabel, con un entusiasmo que hizo enrojecer su semblante.

Una ráfaga de aire más fuerte trajo hasta Clairefont el tañido lejano de la campana de la iglesia del pueblo.

—El primer toque de misa—dijo la señorita de Saint-Meurice.—Voy á escape á vestirme... Haz tú lo mismo.

Salió corriendo, y desapareció como un torbellino. La tía Isabel no era muy pesada para ataviarse, y desde el castillo á la iglesia se tardaban escasamente cinco minutos.

El cura habia comenzado apenas la misa, cuando Antonieta, con su tia y su prometido, estaban ya de rodillas delante del altar. Nada les distrajo; todo sucedió como de ordinario; el hijo del sacristan se sonó las narices con estrépito irrespetuoso en el momento de la consagracion, y su padre, que cantaba en el coro, le dirigió una mirada precursora de una nube de pescozones. La señorita Bihorel, la hermana del párroco, dió, como de ordinario, los acostumbrados golpecitos sobre su reclinatorio para indicar á los niños de la escuela cuándo debian levantarse ó arrodillarse.

El profundo suspiro que exhaló Pascual al ver al señor de Croix-Mesnil no llegó hasta los castos oidos de Antonieta, y el rumor de los pasos de aquel hombre que la adoraba no produjo en su ánimo el más leve eco.

Tranquila en su recogimiento, rezaba con devocion, y fué menester, para que dejara de hacerlo, que su tia la empujara ligeramente con el codo, murmurando:

—Prepárate para pedir...

La jóven cerró su devocionario, abrió la cajita del reclinatorio, y cogió la escarcela de terciopelo, sobre el cual, gastado por el uso, se ostentaba el escudo de armas de la casa de Clairefont.

El sacristan se acercó con profundo respeto. Antonieta se dirigió hácia el presbiterio. Le pareció que la bolsa que llevaba en la mano no estaba vacia, y aun creyó percibir cierto ruido metálico que procedia de ella. Curiosa y admirada, la abrió, y llena de sorpresa, que la hizo ruborizarse, vió en el fondo de badana negra relucir cinco monedas de oro.

Llena de turbacion. se arrodilló delante del altar, rezó un instante, y luego comenzó la colecta. Las monedas de cobre iban llenando la escarcela, y cubrian los cinco misteriosos luises; ella, distraida, recorria la iglesia, murmurando maquinalmente las habituales palabras «*para los pobres*,» y al propio tiempo pensaba: «¿Quién será el autor de esta limosna anónima?»

Miraba en turno suyo, escudriñando los oscuros rincones, como buscando á la persona caritativa y espléndida además. Pero sus ojos sólo encontraron rostros conocidos. Pascual estaba lejos, los muros de piedra, testigos de su accion, permanecian silenciosos, y el secreto parecia estar bien guardado.

Hasta el final de la misa, Antonieta estuvo distraida. El libro para nada le sirvió, porque no volvió á leer las oraciones. Con la mirada fija en una gran vidriera de colores, donacion de sus antepasados, que representaba la lucha de Jacob con el ángel,

torturaba su mente, procurando hallar una persona á quien atribuir el extraño hecho de la inesperada limosna.

Debajo del cuadro en donde el hijo de Isaac aparecia abrazado á su celeste adversario, que se le escapaba al impulso de las alas, habia esta inscripcion en caractéres góticos: *Así el hombre, sujeto sobre la tierra, se esfuerza por conquistar el cielo;* y le parecia á Antonieta que el rostro de Jacob, en el que nunca, hasta entonces, habia fijado la atencion, se parecia mucho al de una persona que no le era desconocida.

Recordaba aquella fisonomía enérgica, circundada por espesa barba, y llena de animacion por la expresiva mirada de sus ojos inmóviles. Pero no se le ocurria el nombre... en vano repasaba su memoria.

El sacerdote se habia retirado ya. Los asistentes á la misa comenzaban á abandonar la iglesia, y Antonieta continuaba absorta.

—¿Concluiste ya, niña?—dijo en voz baja tia Isabel.—Mi querido baron, ¿quiere Vd. esperarnos en el atrio, mientras vamos á dar cuenta de la colecta al señor cura?

Mr. de Croix-Mesnil se inclinó en silencio, y ganó la puerta, en tanto que las dos mujeres se dirigian hacia la sacristia. El párroco de Clairefont, venerable sacerdote, dulce y sencillo, habia bautizado á Antonieta, y tambien fué quien le dió la primera comunion. La señorita de Saint-Meurice y su sobrina le encontraron despojándose de los ornamentos con la ayuda de su hermana. Al verlas entrar, se apresuró á quitarse el alba, y les salió al paso.

—¡Por Dios, señor cura, no se moleste Vd.—exclamó la tia Isabel.—Venimos un instante solo para que

Antonieta le entregue su colecta, y nos marchamos corriendo.

La señorita Bihorel abrió la bolsa, y volcó su contenido sobre la mesa. El oro brilló entre las monedas de cobre y algunas de plata, haciéndole exclamar:

—¡Mira, hermano, hay oro!...

El cura sonrió, y tomándole las manos á la niña, la dijo con dulzura:

—Has sido muy pródiga, hija mia... Reconozco en este detalle tu hermoso corazon; pero, lejos de darte las gracias en nombre de los pobres, mereces que te reprenda... Eso es demasiado.

Al oir estas palabras, Antonieta se ruborizó, y bajó los ojos con vergüenza. Pero la mirada de su tia se fijó en ella con tal expresion de asombro, que la obligó á decir con viveza:

—No merezco que se me agradezca nada, señor cura. Este dinero no le puse yo en mi bolsa; lo encontré en ella antes de comenzar la colecta...

El asombro de la tia Isabel llegó á la estupefaccion al escuchar estas frases dichas con embarazo. Permaneció silenciosa un instante, y despues, lanzando un suspiro con honores de relincho, exclamó, con el rostro enrojecido por la emocion que la embargaba:

—Hé ahí una cosa que me parece extraña. ¿Cómo pudo ser eso? Yo misma mandé á Bernardo ayer tarde, ordenándole poner la bolsa en el sitio de ordinario... ¿Se habrán permitido registrar tu reclinacion?

—En todo caso,—replicó la jóven,—no fué un ladron quien lo hizo, porque en vez de quitarme nada, han dejado dinero para los pobres. Por lo demás, acaso Bernardo dejase la bolsa encima del reclinatorio, y entonces no tuvieron necesidad de registrar. En suma:

el asunto no tiene importancia, y no merece la pena que nos ocupemos de él...

Tenia los ojos llenos de lágrimas, y la voz temblorosa. Su tia, temiendo haberle causado un pesar, le apoyó una mano en el hombro, y exclamó sonriendo:

—¿Qué apostamos á que fué el señor de Croix-Mesnil, quien se levantó muy temprano, y vino para proporcionarte esta sorpresa?...

—No, tia, eso no puede ser. En primer lugar, monsieur de Croix-Mesnil sabes que no es madrugador; y además... ignoraba que yo debia pedir...

—Pues no acierto quién nos pudo dispensar el honor de semejante liberalidad,—dijo la señorita de Bihorel.

—Forasteros no sé que haya venido ninguno esta mañana á visitar la iglesia,—añadió el cura.

Pero, interrumpiéndose de pronto, se dió una palmada sobre la mano, y exclamó:

—A menos que un jóven que ví esta mañana al entrar...

—¿Qué jóven?—interrumpió la señorita de Saint-Meurice frunciendo las cejas.

—Uno moreno con toda la barba, que estuvo mucho rato cerca de la pila bautismal, y á quien no he vuelto á ver.

Como por arte de magia, la fisonomía de Pascual apareció á los ojos de Antonieta. El era quien se parecia al hijo del patriarca luchando con el ángel. El pintor le retrató queriendo ganar el cielo. ¿Y qué podia ser éste para un Carvajan, sino el amor de una Clairefont? El fué, sin duda, quien registró su reclinatorio, dejando la huella de su indiscreta curiosidad. Esto le pareció un atrevimiento extraordinario. La voz de su orgullo se alzó colérica contra el atrevido.